

BROCH Y EL TRIUNFO POSTUMO

por Diego Mirán

En 1938 las tropas de Hitler ingresaban a Austria luego de la triste, candorosa esperanza de paz con el voraz vecino alentada por Dollfuss y otros ingenuos, y miles de judíos de ese país iniciaban entonces la aterrorizada diáspora. Otros miles —los que carecían de los recursos económicos indispensables para pagar, a precio de oro, la operación de la huida— eran apresados por los SS que Eichmann movía desde su frío puesto de comandante del genocidio. Entre estos últimos se hallaba Hermann Broch, un hombre de 52 años, escritor de profesión, dueño a la sazón de un seguro aunque no muy difundido prestigio. Logró este intelectual huir de la cárcel y atravesar la frontera. Su peregrinaje de apátrida lo llevó a Escocia, en donde le fue imposible subsistir. Luego enrumbó a los Estados Unidos y ahí, después de dar muchas angustiadas vueltas en busca de una colocación que le aportara algún medio de vida, fue contratado como profesor primero en Princeton y después en Yale. Más tarde se nacionalizó norteamericano, tal vez en la idea de que, rotos sus lazos con Europa —sus familiares más cercanos, entre ellos su madre, sucumbieron en manos de los nazis—, habían quedado definitivamente rotos. En 1951, Broch murió de un infarto, a la edad de 65 años, en la ciudad de Nueva York. Entre sus papeles fueron hallados los originales inconclusos de más de media docena de libros.

Hermann Broch había pertenecido a una poderosa familia industrial, dedicada desde mediados del siglo XIX a las empresas textiles. Pese a su formación universitaria, centrada especialmente en las ciencias exactas, tomó cuando le llegó el turno el puesto de su padre en la dirección de la firma de su propiedad y se entregó a los negocios, hasta 1929 cuando, pasada ya la cuarentena, su vocación fundamental, hasta ese momento dormida o cultivada en secreto, se impuso a sus obligaciones bursátiles. Su primer movimiento, luego de esta renuncia a lo Gauguin, fue al estudio de la literatura universal. Su admiración por Joyce lo llevó a la novela, a cuya creación dio dos años consecutivos sin paz ni desfallecimiento. El fruto de este esfuerzo fue voluminoso, al parecer interesante y, sobre todo, decisivo. Los tres tomos de su novela "Los sonámbulos" constituyeron la total ruptura con su vida y su actividad anterior, que no sólo cortó en lo que a su tarea cotidiana atañe sino también —innegable prueba de su honestidad— en aquello que se refiere a los intereses materiales.

El éxodo a los Estados Unidos representó un compás de espera en la continuación y el proceso de maduración que se operaba en el espíritu de Broch. La muerte segó —lo demuestran los innumerables manuscritos que dejara en plan de redacción y corrección— una obra extensa e intensa. Pero su talento, como la fuerza cívica que se imponía aun después de muerto el héroe, ha comenzado a triunfar con la publicación póstuma de sus libros inéditos. "La muerte de Virgilio", narración puesta en librerías en 1955, ha merecido la traducción al francés y el elogio, nunca vano, de la crítica de París, que sigue siendo en Europa y en el mundo el espaldarazo que el artista necesita para la gran consagración.

No hay, sin duda (aunque la regla tenga algunas pocas excepciones que, como es obvio, jamás conoceremos), talento que quede oculto y anónimo si deja sus huellas en la creación apreciable. Un día, tarde o temprano, ojos zahorís se posan sobre el tesoro escondido, y el tesoro se incorpora al caudal cultural humano. Así ha ocurrido con Hermann Broch, gran autor tardío, perseguido y desterrado, a quien hoy la literatura reconoce como una de las voces más auténticas del turbulento mundo contemporáneo.